

EL LEÑADOR Y LA REINA DE LA MONTAÑA

(NILEGLASSARTIST)

Hace casi 260 años, cerca de un hermoso pueblo a las faldas de la montaña más alta de la sierra del Guadarrama, ocurrió una increíble historia que pocas personas conocen, un niño se la escucho a su abuelo, y este, al ser padre, se la conto a sus hijos, los cuales de la misma manera contaron a sus hijos, y sus nietos que un día también tuvieron hijos, y estos fueron un día abuelos, también la contaron. Y así, la leyenda viajo de generación en generación, hasta llegar a mí, siendo totalmente fiel a la realidad... o quizás a la ficción.

Hoy, yo os la voy a contar con las mismas palabras que las oí de mi abuelo, y entonces seréis vosotros quienes revoloteando con la imaginación, os encontrareis como si de un maravilloso sueño se tratara, en aquella época, disfrutando entre pinos y robles, recorriendo los caminos y cruzando los ríos, trepando por las rocas y disfrutando entre las nubes, de las vistas de aquel pueblo llamado La Granja de San Ildefonso.

En el año 1765 aproximadamente, en La Granja, que contaba con una de las fábricas de vidrio más importantes de Europa, la producción de este material estaba en auge, y gracias a los extensos bosques que ocupaban prácticamente la totalidad de la sierra, se podía abastecer ampliamente de materia prima, la madera, para mantener los hornos en funcionamiento, el oficio de los leñadores en el monte de la zona y de los pueblos cercanos, era sumamente importante, y Martín un joven de 21 años muy trabajador y amante de este arte, nacido en una pequeña aldea llamada Valsaín, dedicaba su vida desde niño a esta antigua profesión tan necesaria en aquel momento.

Martín, vivía con su padre y su hermano de 13 años en una pequeña cabaña de madera y piedra, a la orilla del río Eresma, a un par de km de aquel pueblecito, cuyas gentes habían construido sus casas alrededor de las ruinas de un antiguo palacio del siglo XVI. Su madre murió hacía años de una fuerte gripe durante uno de los inviernos más duros que se podían recordar, y desde entonces, Juan, el padre, se encargaba de sacar a delante a la familia y los innumerables quehaceres del hogar, por supuesto, siempre con ayuda de sus dos amados hijos.

Todas las mañanas muy temprano, salían montados cada uno en su caballo, acompañados de un mulo bien fornido que tiraba de una pequeña carreta en la que llevaban las herramientas necesarias para la labor en la montaña, dejaban la casa bien protegida al cuidado de Tara y Cor, dos perros pastores vascos muy fieles e inteligentes. Aunque sin ser común que los bandoleros asaltaran el hogar de trabajadores, toda precaución era poca, por lo que Juan había enseñado a los perros, en caso de que algún intruso entrara en la finca, a que soltaran un pestillo que

accionaba un mecanismo por el cual la rueda del pequeño molino de la casa, hacía sonar una campana que podía oírse a varios km en el valle.

Cuando llegaban a la zona de trabajo, amarraban los caballos y cada uno con su azada comenzaban a limpiar el suelo para facilitar el trabajo de tala, cepillado y apilado de los troncos según tamaños etc. Con el mulo Jacinto todo era más fácil, pero tenían que hacer varias paradas a lo largo de la jornada, pues era una labor bastante dura y no podían permitirse el lujo de acabar heridos o demasiado cansados, y perder el trabajo en los posteriores días, ya que las entregas eran estrictas. Manuel, el hijo pequeño, aun no podía llevar un ritmo suficientemente productivo, pero a veces se esforzaba más que ninguno, Juan, orgulloso de su hijo, solía recompensar al pequeño aprendiz con la tajada más grande de chorizo, jamón y queso que hubiese caído ese día en el morral.

Hacia solo un mes de la llegada de la primavera, pero en sierra el clima era tan cambiante que un día podía hacer un calor sofocante y a los dos días llover a mares o ponerse a nevar, así que en esta época, procuraban aprovechar los días buenos para despejar los caminos y acumular los troncos ya talados en las vías principales para su recogida y envío al aserradero por medio de los equipos de la Corona. Ésta, había adquirido a través de la venta forzosa a la comunidad de ciudad y tierra de Segovia los pinares y robledales de todas las zonas colindantes para garantizar el suministro de leña a la fábrica real.

Eran días tranquilos, en los que uno podía sentarse sobre un tocón y disfrutar del almuerzo sin muchas prisas, y en ocasiones incluso darse un paseo para recoger los manjares que el majestuoso bosque les ofrecía, entre muchos, los deliciosos hongos y setas, y por supuesto lo que más gustaba a Manuel, pescar un par de buenas truchas arcoíris para la cena.

Era una bonita y fresca mañana de sábado, ya en mayo. Los sábados, solo trabajaban hasta las 12 o 13 de la tarde, momento en el que regresaban al valle para comer junto con otros leñadores que vivían en el pueblo y con los que tenían muy buen trato, uno de ellos Fernando, el hermano de Berta la mujer de Joaquín y madre fallecida de los muchachos, era a demás herrero, y había construido una especie de parrilla portátil en la que asaban algún conejo, y se pasaban media tarde conversando, comiendo y bebían vino hasta que caían dormidos sobre el manto de flores y hierba fresca junto al río.

Pero esta mañana fue un poco diferente para Martín, diferente y especial, pues ocurrió algo increíblemente inesperado para él, lo que paso, le cambio la vida por completo.

Mientras su padre y su hermano ya habían recogido y le esperaban para volver a casa, éste a grito pelado, desde la base de una pedriza un poco alejada del camino, donde había estado

escuchando un misterioso canto de pájaro, que nunca antes había oído, les aviso de que se retrasaría un poco, que emprendieran el camino, que él les alcanzaría más a delante.

Martín quería descubrir que ave cantaba con aquel maravilloso tono, que más parecía ser la voz de un ángel de fantasía que un animal con pico y plumas.

Siguió avanzando entre granito escarpado y zarzas, ayudándose de su azada, y trepando, agarrándose con los dedos metidos en las finas grietas, sin despistarse de seguir aquella dulce melodía. Los grandes pinos habían quedado atrás y ahora frente a él unas rocas erosionadas que parecían monolitos esculpidos por los dioses, esplendidas salían de la tierra a ambos lados de una estrecha senda que se alargaba hasta llegar a la parte más alta, los robles crecían muy cerca unos de otros y la frondosidad de los helechos apenas dejaban ver a pocos metros más allá de la serpenteante e insólita ruta.

Por momentos, el joven leñador, creía perder la noción del tiempo y el espacio, pero la naturaleza envolvía su cuerpo, le atrapaba la belleza y su curiosidad cada vez era mayor, así que sin pensar en que debía regresar con su padre y su hermano, prosiguió escudriñando bajo las ramas retorcidas de los árboles sin dejar de escuchar aquel embaucador canto, hasta descubrir una cacera cuyo cauce emergía de una gran piedra de varios metros, y el discurrir del agua cristalina la atravesaba por una hendidura en forma de arco, aparentemente escavada en su base y decorada con hermosas runas.

Fuera lo que fuese que emitía aquel maravilloso canto, parecía haberse escondido en el interior de aquel agujero, el hueco de entrada era bastante pequeño y húmedo, recubierto de musgo y líquenes. Seguramente, si conseguía entrar y después salir, acabaría completamente mojado y congelado pues el agua de los ríos y fuentes de la sierra parecían provenir del mismísimo polo norte, pero Martín ni corto ni perezoso se dispuso a entrar. Se dijo: ya que he llegado hasta aquí, ¿no voy a continuar?

Agachándose prácticamente rozando su pecho la superficie del agua, y apoyándose con manos y pies en los guijarros que aparentaban ser menos resbaladizos, consiguió adentrarse en el interior de la cueva. Avanzó sigiloso y con algo de incertidumbre y miedo ya en el cuerpo. El corazón le latía muy veloz, y la cada vez más negra oscuridad y falta de aire le estaban agobiando, y sumiendo en un estado de nerviosismo y claustrofobia, hasta que tras varios metros avanzando prácticamente arrastrándose, llegó a una zona en la que era posible erguirse un poco, y en la que una tenue claridad le permitía ver que estaba avanzando hacia una zona más amplia. Justo al incorporarse completamente, pudo ser testigo de una de las imágenes más increíbles que ni él ni nadie hasta la fecha podían haberse imaginado observar en toda su vida. La cueva, se había

convertido en una gruta, cuya estructura interior estaba completamente decorada con preciosas estalactitas por las que el agua se escurría deslizándose desde arriba a través de los riachuelos que se filtraban entre las pequeñas grietas del techo, y que a su vez, también dejaban entrar delgados rayos que el sol enviaba desde su posición en lo más alto del cielo, estos, se refractaban en los cristales calcáreos de colores a lo largo y ancho de toda la estancia creando un maravilloso ambiente de fábula. Ahora se podía contemplar casi en plenitud y se dejaban ver numerosas cavidades que parecían vacías, como nidos abandonados de golondrinas hechos con minúsculos cristales de cuarzo. Las paredes cubiertas de caprichosas plantas que evocaban hermosos jardines colgantes, y las raíces de los árboles recubiertas de finas capas de minerales depositados por el continuo recorrer del agua, se retorcían entrando y saliendo de la roca como si fueran los dedos de unas manos gigantes intentando proteger aquel alucinante espacio.

El canto había cesado, en su lugar podía oírse el agua fluir entre las rocas como un xilófono celestial, y de fondo el sutil quejido de una voz muy femenina.

Quiso seguir el rastro sonoro de aquel sensible lamento, cuando de repente, la figura delicada de una bonita mujer apareció frente a él como por arte de magia. El joven dio un salto hacia atrás y cayó de culo en el agua, salpicando a todas partes mientras intentaba mantener la calma y gritaba: ¿quién eres, quien eres tú? Ella respondió con voz tenue y denotando dolor y rabia, me llamo Saturnia Isabellae, soy la reina hada de esta montaña, y tú, insensato humano, has cortado una de mis alas con tu terrorífica herramienta mientras sesgabas la vegetación. Ahora apenas puedo volar, y soy la única esperanza para preservar el bosque este año. ¿Cómo voy a ayudar ahora al espíritu de la madre tierra, que me concedió el privilegio de ser la protectora de esta hermosa sierra, en la ardua tarea de mantener el equilibrio entre fauna, flora, agua y piedra?

¿Tú me has traído hasta aquí? Respondió el joven titubeando, entre salir huyendo o quedarse inmóvil y ponerse a llorar.

Si, respondió ella, debes pagar por lo que has hecho, y hacerte cargo de mi tarea esta primavera, hasta que mis hermanas regresen de otros bosques, y puedan sanarme y ayudarme con su magia a recuperar el ala que he perdido ¡por tu culpa!

Beberás el agua de este manantial y pasaras aquí la noche, mañana, te habrás convertido en mariposa, y no podrás volver a casa hasta que el sol en verano caliente con más fuerza. Saldrás de esta cueva cada día al atardecer cuando la luna comience a brillar en el cielo, y volaras entre pinos y robles, cedros y abetos. Sobre los ríos y las fuentes, entre las piedras y sendas de los animales, sobre las cornamentas de los corzos, las madrigueras y los nidos de las aves. Deberás posarte en las flores, en los brotes tiernos de las hojas, en el musgo y en las zarzas. Volaras a

oscuras con la niebla y bailarás con las gotas de lluvia hasta el amanecer, y regresarás aquí cada mañana, y serás de nuevo tú, para cuidarme, descansar junto a mí, y recargarte con la energía de la naturaleza. No podrás dejar que los ojos de tus semejantes te vean, pues este encantamiento, funciona solamente si las personas no te ven, si alguna te viese, nunca más podrás recuperar tu aspecto humano, ni siquiera al llegar aquí al alba, ni siquiera con la magia de las ninfas. Tus alas serán verdes como la hierba, surcadas con estrías marrón cobrizo. Tendrás cuatro como un hada, y cada una estará decorada con un círculo de colores, las alas posteriores tendrán unas llamativas colas alargadas para diferenciarte de cualquier otra mariposa del bosque. Los espíritus de la noche te reconocerán y te llamarán Graellsi, y atenderás a sus exigencias por el bien de la montaña y todo lo que en ella nace, crece, vive y muere. Cuando hayas pagado tu deuda, podrás volver con tu familia a tu mundo, y jamás regresarás, olvidarás este lugar, pero no lo que aprendiste en él.

El joven muchacho no daba crédito a lo que estaba ocurriendo, pero las firmes palabras, la mirada sincera y la belleza de Isabellae, ya le habían convencido completamente de que aquel episodio en su vida solo podía ser una gran realidad digna de los milagros del infinito universo...

Cuenta la leyenda, que el joven leñador nunca regresó a casa, se enamoró de Isabellae, y los dos juntos siguieron primavera tras primavera protegiendo el bosque. Su padre y su hermano lo buscaron durante mucho tiempo, pero solo encontraron el trozo de un ala muy extraña que guardaron de recuerdo como una señal de esperanza. Y aunque jamás volvieron a ver a Martín, todos los días al ir a trabajar, sentían su presencia entre los árboles. También cuenta la leyenda, que en las noches de primavera y principio del verano, cuando el cielo está más despejado y la luna llena ilumina el cielo como una gran farola, si vas al bosque con respeto y el corazón puro, quizás la reina hada, te permita ver a la mariposa de la luna en la sierra de Guadarrama.

